

ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14

BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147

Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.
 Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.
 D. Antonio Brea.
 Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.
 D. Juan Vidal de Llobatera.
 D. Ramón Vila y Colomer.
 D. Tirso de Olazábal.
 D. Manuel Rodríguez Mailló.

Sr. Conde de Guernica.
 D. Gabriel J. Llompart.
 D. Carlos Cruz Rodríguez.
 D. Reynaldo Brea.

Todos los grabados que publica esta Ilustración, son originales é inéditos en España y en el Extranjero.



Don Miguel Lozano.

DOÑA MARÍA BEATRIZ

(Continuación.)

De Bruselas partieron todos para Londres, y los dos años (para ser del todo exactos, diremos veintiún meses) que allí permaneció nuestra augusta biografiada, constituyen una de las épocas de mayores torturas y privaciones de su vida; pues sufrió la pobreza y casi puede decirse la indigencia hasta tal extremo, que apenas podía comer lo indispensable. Sus rentas, que consistían en valores austriacos, no producían nada, por hallarse los pagos en suspenso durante aquella tremenda crisis, y habiéndose deshecho de sus equipajes, sólo tenía un vestido que ponerse, para colmo de desdichas de color claro; por manera que á las dos semanas de llevarlo, en la atmósfera de Londres, saturada de carbón, de blanco se había vuelto negro.

Las potencias protectoras de la Familia Real española próscripta habían tenido que suspender también sus subsidios, y la situación de los Príncipes era tanto más angustiosa, cuanto que, muy obsequiados por la nobleza inglesa y deseosos de no desairarla, acudían á todos sus conyites, con la esperanza de ganar aquella aristocracia á la causa de la Legitimidad, y les faltaba dinero hasta para los gastos más indispensables.

De aquella situación tan amarga se salió momentáneamente en 1849; pero agravándose para Doña María Beatriz, por haber decidido los hijos de Carlos V entrar en España para ponerse al frente de las tropas de Cabrera, resolución en la que tuvo parte decisiva Don Juan, que fué el que más abogó por ella.

Para salir de Londres sin inspirar sospechas, fingiéronse convidados por su tío Don Miguel de Portugal á una cacería en la provincia de York, y partieron, en efecto, con sus escopetas de caza, primero Carlos VI y Don Fernando, y después Don Juan.

Doña María Beatriz, que se hallaba próxima á ser madre por segunda vez, fué la única persona á quien se puso en el secreto, y quedó sola con sus tribulaciones, sin damas, sin recursos y sin un amigo. Las hermanas Garcimartín iban á buscarla, desde la apartadísima habitación que ocupaban en un barrio extraviado, para acompañarla á la iglesia; pero no quiso llevarlas á vivir consigo, porque á los ojos de todos debía aparecer que estaba esperando de un momento á otro á su marido.

Este regresó, en efecto, más pronto de lo que se esperaba; pero en tristísimo estado y habiendo abortado por completo su proyecto; pues los tres Príncipes y el Sr. Algarra, que era su único acompañante y confidente en aquella excursión, fueron descubiertos por los ladridos de unos perros al tratar de pasar la frontera de Cataluña, y cayeron en poder de los aduaneros franceses, que a tados codo con codo los condujeron á las cárceles de Perpiñán. Por fortuna no sospecharon su alta categoría, y creyéndolos simplemente oficiales carlistas, como llevaban pasaportes ingleses, los escoltaron hasta Calais, y allí los embarcaron para Londres.

Don Carlos y Don Fernando no permanecieron allí mucho tiempo, partiendo el primero para Nápoles,

con objeto de contraer matrimonio con la Princesa María Carolina, hermana del Rey Fernando de las Dos Sicilias, y el segundo para Trieste, ciudad que sus padres habían escogido como residencia.

Don Juan quedó en Londres, esperando el parto de su esposa, que tuvo lugar el 12 de Septiembre de 1849, á las cinco y media de la mañana. El Infante Don Alfonso, á semejanza de su hermano primogénito, fué bautizado dos horas después de su nacimiento, en la casa misma, por el párroco. Su augusta madre lo amamantó; pero no diez meses, como al primero de sus hijos, sino solamente tres, por haber sido entonces atacada de la enfermedad de que hablaremos á renglón seguido, y continuó desde aquella fecha criándole con leche de vaca.

Al mes del parto, pareciendo casi del todo restablecida, Don Juan creyó poder ir á Trieste á visitar á sus padres, y así lo hizo, dejándola á su esposa instalada en casa de la Duquesa de Inverness.

Otro mes duró su ausencia, y poco después de su regreso á Londres, cayó Doña María Beatriz gravísimamente enferma, á principios de Diciembre. El 15 del mismo mes, y cuando más se temía por su vida, perdió la suya su tan amado hermano el Archiduque Fernando, mártir de la caridad, en la misma forma que muchos años antes lo había sido su tío el Primado de Hungría, según más arriba queda referido; pues ejerciendo el mando en Brunn como General de brigada, y habiéndose desarrollado en sus tropas una mortífera epidemia de tifus que atestó los hospitales de soldados, quiso darse cuenta de cómo eran velados éstos, y á altas horas de la noche se presentó con su ayudante en una sala, que halló abandonada por los guardianes, sin que nadie auxiliase á los enfermos, muchos de los cuales, en las convulsiones del delirio, habían caído al suelo y clamaban socorro. El Archiduque y su ayudante tomaronlos en brazos y los repusieron en sus lechos, permaneciendo toda la noche en vela al lado suyo, para avergonzar y dar una lección á los cobardes enfermeros desertores.

Aquel rasgo sublime costó á ambos la vida en pocas horas, aunque la misericordia divina permitió todavía al ejemplar Archiduque recibir los Santos Sacramentos y bendecir antes de espirar á su hija, que contaba solos cinco meses. Aquella niña, única prima hermana de Don Carlos, es hoy la esposa del Príncipe Luis de Baviera, y subirá con él un día al trono á que le destina su nacimiento. La madre, que quedó viuda apenas á los dieciocho años, es, como ya hemos dicho, la actual Archiduquesa Isabel.

Cúmplenos, por cierto, consignar en este escrito, sin comentarla ni pretender sacar de ella deducción alguna, una particularidad de cuya autenticidad absoluta respondemos. El mismo día y á la misma hora en que el Archiduque Fernando entregaba en Brunn su alma á Dios, Doña María Beatriz, que le amaba entrañablemente y que en aquel punto se hallaba también en peligro de muerte, vió aparecérsese en sueños, en Londres, á la Archiduquesa Isabel, vestida de negro, y anunciarle que era viuda.

Como el cariño entre ambos hermanos era tan grande y el estado de Doña María Beatriz tan peligroso, á pesar de los ruegos y las dudas de ésta, los médicos prohibieron en absoluto confirmarle la noticia, y la ignoró, en efecto, muchas semanas, hasta que no fué ya posible disimularla por la suspensión de la correspondencia de su hermano.

Después de tres meses de sufrimientos, pudo al fin la Archiduquesa Beatriz salir de Londres con su marido y sus hijos, y parándose en París únicamente dos ó tres días para recorrer la ciudad, prosiguieron todos para Baden, junto á Viena, incorporándose á Carlos V y Doña María Teresa, que residían allí los meses de calor, y pasando con ellos todo el verano, excepto una ausencia de pocos días empleados en visitar á su tío el Archiduque Fernando, mortalmente enfermo en Ebenzveyer de hidropesía del corazón, de cuya dolencia murió el 5 de Noviembre del mismo año.

El invierno siguiente lo pasaron en Venecia, donde continuaron los contratiempos para la joven madre, pues llevando un día en brazos al menor de sus hijos, rodó con él el tramo entero de una escalera, produciéndose tales lesiones interiores, que desde aquella época (otoño de 1850) hasta Junio de 1853 no cesó de sufrir grandes dolores, atribuyendo la piadosa señora la desaparición de aquéllos en esta última fecha á una Novena á la Virgen.

Durante aquel invierno vió en Venecia á Francisco V de Módena, afligido, no sólo por la muerte de su hermano, sino además por la de su única hija, fallecida á los ocho meses de edad. El Duque había recuperado sus Estados, introduciendo en ellos grandes mejoras y transformaciones, siendo esta una de las causas que determinaron á Don Juan á conducir á su esposa el verano siguiente á Massa Carrara, donde eran también esperadas sus dos tías, la Emperatriz Mariana y la Duquesa de Lucca, y su cuñada la Archiduquesa Adelgunda. De Massa regresaron ambos cónyuges á Módena, y una vez instalada allí Doña María Beatriz, partió Don Juan para Londres, acompañado por el Brigadier D. José Sacanell, dando entonces principio sus prolongadísimos viajes, que duraron tantos años.

Nuestra augusta biografiada permaneció en la capital de los dominios de su hermano hasta Abril de 1859, con sus dos hijos, enferma casi siempre de convulsiones y de otros muchos padecimientos; pero aunque su vida fué, en este sentido, un martirio continuado, todas sus dolencias físicas no bastaron á distraerla ni un solo instante de la educación de los Príncipes, sagrada misión á la que consagró todas las fuerzas de su mente y toda la escrupulosidad de su conciencia.

En folletos, Memorias y escritos de diversas clases, se han propalado, indudablemente de buena fe, ideas falsas acerca de las tendencias de Doña María Beatriz, interpretándose de una manera inexacta algunos de sus actos durante la infancia de sus hijos.

Cábenos el insigne honor de poder rectificar de un modo autorizado en estos apuntes biográficos aquellas inexactitudes, pues de labios mismos del Duque de

Madrid hemos oído declaraciones que nada nos veda hacer públicas.

«Han caído en gravísimo error—decíanos Don Carlos—los que han supuesto que mi Madre, por no exponernos á peligros que amedrentaban su ternura, quiso en nuestra niñez apartarnos de la política y secuestrarnos, por decirlo así, alejándonos de los intereses españoles. Nada más ajeno á la verdad, y nada más opuesto á su carácter generoso y noble hasta el heroísmo, que esos móviles pequeños. Prueba de ello su entusiasmo cuando mi hermano Alfonso ingresó en el ejército pontificio, y después cuando él y yo fuimos á la guerra de España. Los peligros no influían para nada en el ánimo de mi Madre. A sus ojos, todas las cosas de este mundo, incluso la vida, tenían que sacrificarse sin vacilar cuando el cumplimiento del deber lo exigía.

»En error no menos craso han incurrido los que la acusaron de no querer á España, y de ser más italiana y austriaca que española. Mi Madre amó á la patria de su marido y de sus hijos, y se identificó con ella, no sólo por deber, sino por natural inclinación, y pudiera decirse que hasta por temperamento. Desde la infancia fueron los Santos españoles sus Santos predilectos, y el carácter español tenía para ella imán tan grande, que probablemente contribuyó no poco esta circunstancia á que escogiese á mi Padre entre los Príncipes que aspiraban á su mano, prefiriéndole á otros de posición más tentadora.

»Cuando niños, nos enseñaba con amor la historia de España, entusiasmándose y entusiasmándonos con el relato de los hechos de sus mártires, de sus reyes, de sus descubridores, de sus héroes y de sus artistas.

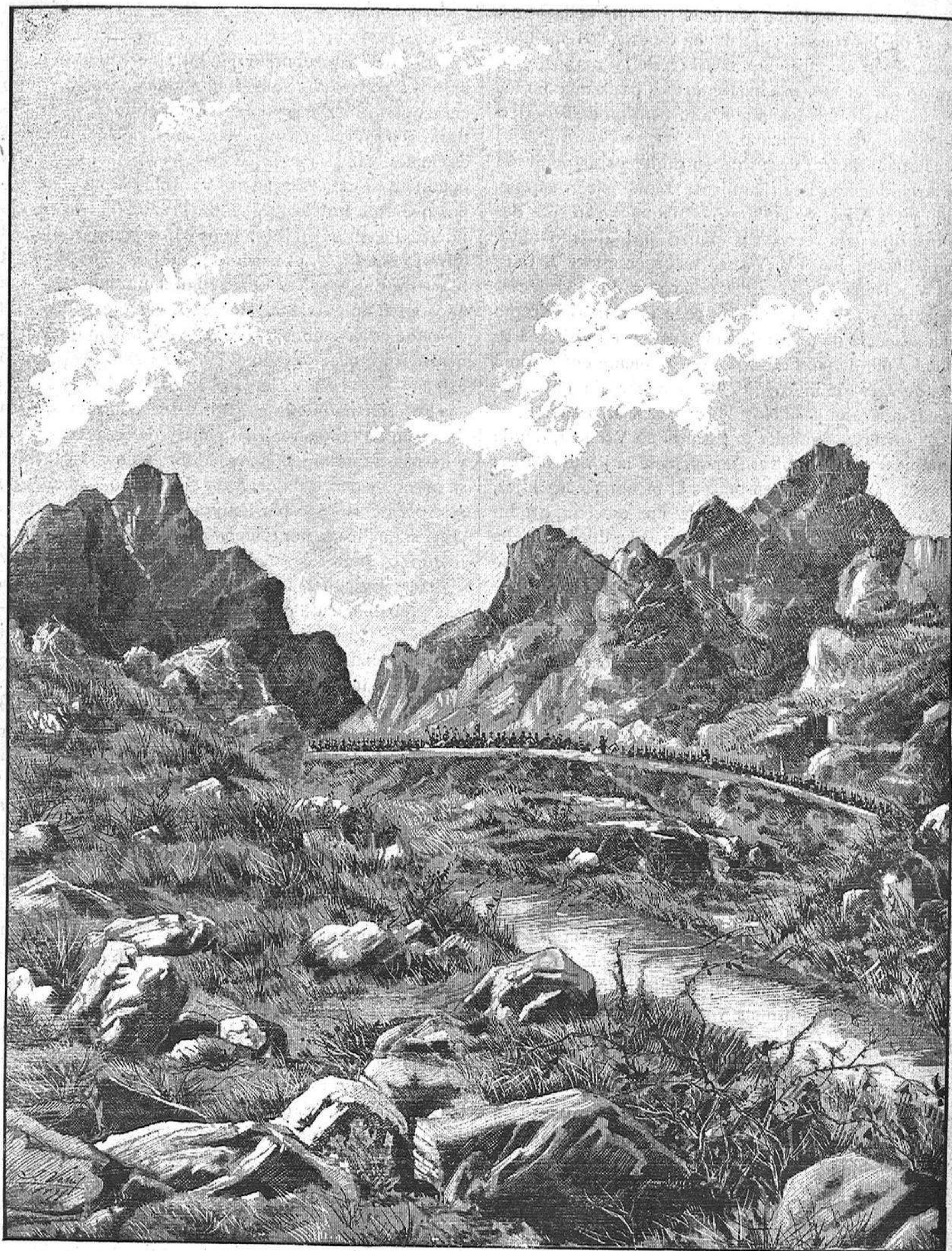
»La clave de su conducta es muy otra que la falta de españolismo. Lo que hubo fué que en trances dificultísimos para la historia de nuestra patria y de nuestra Comunión, surgidos precisamente en la edad más crítica para nosotros, tuvo que apelar mi heroica Madre á toda la previsora energía de su corazón, para empuñar con mano firme el timón de la barca que llevaba nuestros destinos, y hacerla continuar su derrotero seguro, deslizándose sin chocar entre dos escollos, que á diestra y siniestra la amenazaban: el de exponernos á figurar como rebeldes á nuestro Padre, ó el de dejarnos arrastrar á remolque de él por vías peligrosas.

»Su sólida educación cristiana la había inculcado la verdadera doctrina legitimista, y con ella el más profundo respeto á la idea del Derecho, clave del edificio social.

»Mientras mi Padre no renunció á la Corona, fué siempre á sus ojos, igualmente que á los de mi tío Enrique V, que pensaba lo mismo, el Rey legítimo de España, pues ni mi Madre ni mi tío podían admitir que las ideas de mi Padre disminuyeran su derecho.

»Hecha esta salvedad, nadie más sinceramente entusiasta de España, nadie más celosa de su bien, nadie más decidida á afirmar el derecho de mi rama, sin abdicación alguna ni deserción siquiera momentánea.

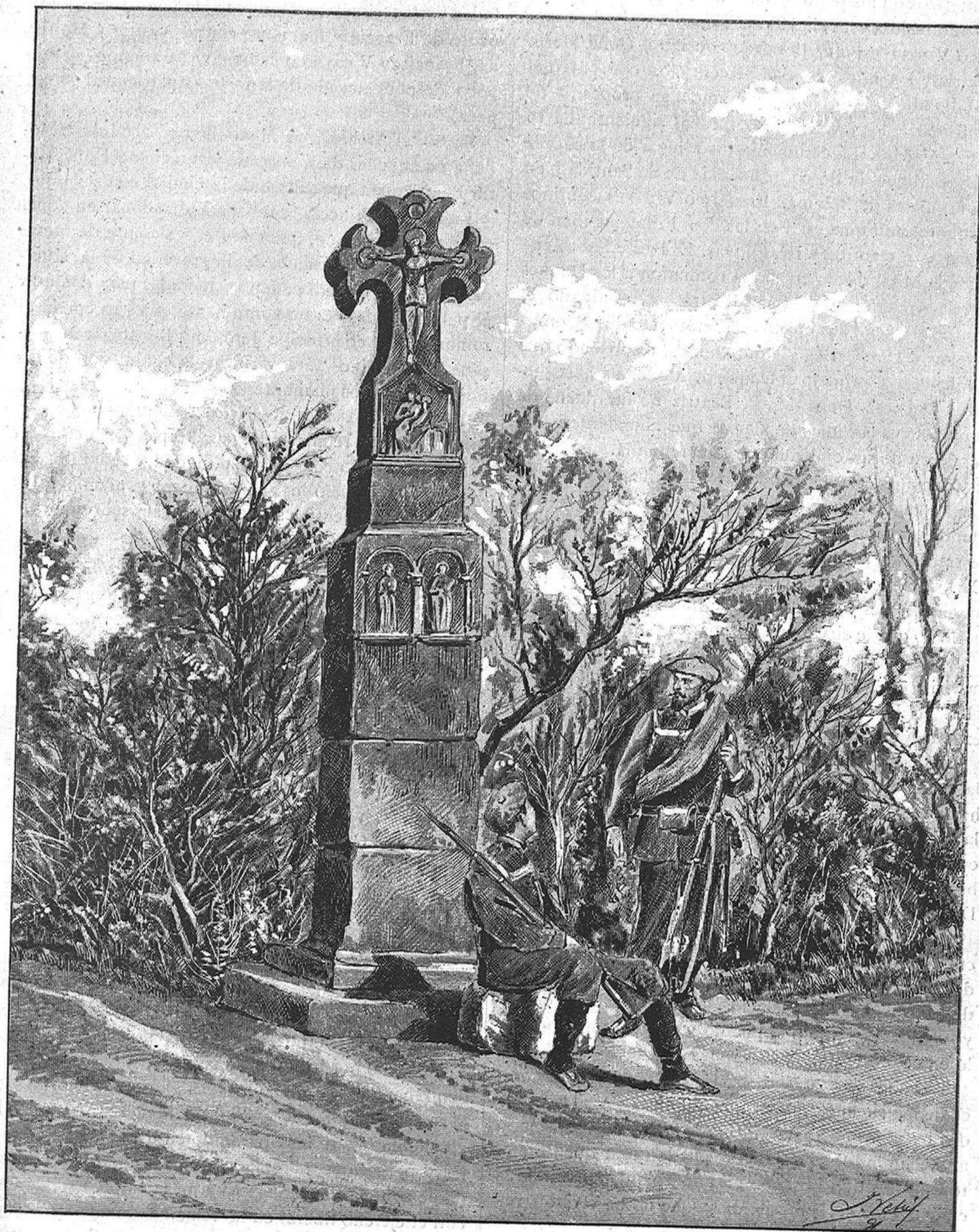
»Quiero que conste así ante la Historia, no sólo por piedad filial, sino porque es la verdad, y porque yo es-



Inmediaciones del río Valcarlos.

toy obligado estrechamente á declararlo; pues en momentos de natural efervescencia y de impaciencia patriótica, frescos todavía ciertos sucesos que no hay para qué remover, Aparisi y Guijarro, y yo, algo ofuscados, pudimos contribuir á esparcir la creencia contraria.

»Justo es que tribute este homenaje á mi buena Madre, y con él el testimonio de mi gratitud por la entereza admirable con que supo cumplir su providencial misión, preservándome de la desgracia de que pudiese aparecer un día ante la posteridad, ó como conculca-



Navarra.—Cruz románica de Roncesvalles.

dor de los derechos, poniéndome enfrente de mi Padre, ó como conculcador de los principios, haciéndome solidario de sus consejeros.»

Honrada nuestra publicación con las precedentes nobilísimas declaraciones, continuamos la historia de nuestra augusta biografiada en el punto en que la habíamos interrumpido, ó sea en los años de estancia

en Módena, durante los cuales empezó la educación de sus hijos.

Ocurrió en aquel período un hecho memorable que Doña María Beatriz se complace en recordar como el más fausto suceso de toda su vida.

En Mayo y Junio de 1857, el Santo Pontífice Pío IX quiso visitar sus dominios temporales, y siendo éstos

fronterizos de los de Módena por la parte de Bolonia, cuando llegó á esta ciudad acudieron á visitarle Francisco V y su esposa, llevando consigo á Doña María Beatriz y los hijos de ésta. Recibiólos con paternal afabilidad el 15 de Junio, y anunció su propósito de confirmar á los jóvenes Príncipes al siguiente día 16 por la mañana. La ceremonia tuvo lugar en la capilla de San Miguel in Bosco, residencia de Su Santidad, en los arrabales de Bolonia. Francisco V y sus sobrinos vestían el uniforme estense; las dos Princesas iban de negro, con mantilla y ricas joyas. El Padre Santo celebró la Misa, dando en ella la comunión á los Duques y á la Archiduquesa María Beatriz, y terminado el Santo sacrificio, administró el sacramento de la Confirmación á Don Carlos y Don Alfonso, resolviendo que apadrinase al primero el Duque de Módena y al segundo la Duquesa. Doña María Beatriz no fué dueña de contener sus lágrimas de alegría que abundantemente corrieron de sus ojos durante la ceremonia.

Concluída ésta, el bondadoso Pontífice invitó á todos á almorzar con él en sus habitaciones privadas, atendiendo con tal ternura á sus huéspedes, que como se retrasase el servicio y observara la palidez de Don Carlos, creyendo que ésta pudiera deberse á la prolongación del ayuno, corrió á buscarle una copa de ponche, que le sirvió con sus manos.

Al despedir á los Príncipes, les ofreció devolverles la visita en Módena, y en efecto, cumplió su palabra el 1.º de Julio, siendo recibido con solemnidad que excede á toda ponderación.

El Duque de Módena salió á esperarle á caballo á la frontera de sus Estados, y fué escoltando el coche hasta la puerta de la Catedral. Allí abrió en persona la portezuela y ayudó á bajar al Pontífice, que entró en el templo apoyado en su brazo, ofreciendo antes á besar su pie á las dos Archiduquesas y á Don Carlos y Don Alfonso.

Dió en la Catedral la bendición del Santísimo Sacramento á los fieles, y en seguida quiso ir á pie, entre dos filas de apiñada y recogida muchedumbre postrada de rodillas, hasta el palacio ducal, desde uno de cuyos balcones bendijo al pueblo y al ejército que desfiló en su presencia.

Tres días permaneció en Módena, en Palacio, concediendo siempre audiencias públicas y visitando todos los conventos y establecimientos piadosos, siendo un hecho histórico que nadie puede negar que durante esos tres días no hubo ni una sola defunción en la ciudad, cosa sin precedente y que no ha vuelto á repetirse.

Los soberanos y Doña María Beatriz comulgaban todas las mañanas en la Misa del Papa, y comían, así como los jóvenes Príncipes, todos los días á su mesa, encendiéndose por la noche bellísimas iluminaciones. Toda Módena, con su paternal soberano á la cabeza, parecía una sola familia agrupada amorosamente en torno al padre común.

Aquel felicísimo paréntesis en la vida de tribulaciones y contrariedades de Doña María Beatriz no fué de larga duración.

Dos años más tarde, en Marzo de 1859, cuando por todas partes circulaba el rumor de una guerra inminente de Francia y Piamonte contra Austria y Módena, Francisco V cayó en cama con sarampión, siendo poco después atacada de la misma enfermedad su esposa.

Su tío, el Archiduque Maximiliano, acudido á Módena en aquellos días, apremió vivamente á Doña María Beatriz para que saliese de la ciudad con sus hijos.

La afligida Princesa se resistía á abandonar en aquel estado á su hermano, que presa casi siempre de fuerte delirio, ni se daba cuenta de la gravedad de la situación política, ni podía adoptar medidas para conjurar el peligro, cada vez más inminente, pues ya corría el rumor de que el príncipe Jerónimo Bonaparte atravesaba los Apeninos para verificar la conjunción de los franceses con los piamonteses.

Por fin se presentó un alivio momentáneo que permitió al Duque reunir todas sus tropas y ponerlas en salvo, evacuando con ellas la ciudad y retirándose á Mantua. Allí esperó los acontecimientos, acompañado de su esposa, mientras su hermana y sus sobrinos continuaban para el Cattajo.

(Concluirá.)

LOS ULTIMOS DÍAS DE FEBRERO DE 1876

Y LA NOCHE DE VALCARLOS

No es nuestro ánimo relatar en este escrito las postreras operaciones de la última guerra civil, ó sean las acaecidas durante los mandos de los Generales carlistas Conde de Caserta y Lizárraga, por más que nos propongamos tratarlas con la debida extensión, Dios mediante, en otro artículo. Vamos con pena, sí, pero con verdad, á relatar los últimos de los últimos acontecimientos que presenciemos.

Aciagos por demás fueron los días de Febrero de 1876, que precedieron á la evacuación del territorio vasco-navarro por el ejército carlista del Norte. Aciagos, no por las derrotas sufridas; antes bien, pueden recordarse en dicho mes las gloriosas victorias de Mendizorrotz y San Cristóbal de Mañeru, sino por el desaliento que se veía retratado en todos los semblantes al pensar que, abrumados por el número, no era ya dable sostener la campaña por más tiempo. Estábamos con el ejército liberal en la relación de uno a diez, y no era esto lo peor, sino que el nervio de la guerra nos faltaba, pues las Diputaciones habían agotado sus recursos; que el enemigo había ya invadido Alava, Vizcaya y gran parte de Guipúzcoa y Navarra (desde las acciones de Oteiza y [Montejurra]; que el General Martínez Campos ocupaba casi del todo la frontera, y, por último, que la desertión iniciada por los Batallones carlistas, había reducido éstos á los valientes y sufridos castellanos, á los cántabros, á los valencianos y al de Asturias, al Regimiento Caballería de Borbón

á pocas Baterías de artilleros y algunas unidades sueltas de los restantes (1).

Corría el 27 de uno de los meses más cortos del año. El pintoresco camino de Roncesvalles á Valcarlos, donde había llegado el R. con el Cuartel Real el día anterior, retorciéndose por las elevadísimas y abruptas montañas de los Pirineos, apenas podía contener la muchedumbre de los carlistas, que con el rubor del vencimiento en el rostro, y la pena en el corazón, semejaban nubes de fantasmas por lo tétricos y silenciosos, ellos que veían todas sus marchas animadas por los alegres cantos de su país.

El Conde de Caserta, que había entregado el mando del ejército hacía poco al General carlista Lizárraga, marchaba al frente de los castellanos, dirigidos poco há también por el bizarro D. Francisco Cavero, que á causa de sus dolencias hubo de entrar en Francia al gunos días antes.

Séanos permitido recordar, después de catorce años, que aquellos arrojados Batallones de Castilla, siempre poco numerosos y mermados por el plomo y hierro enemigo, habían regado con su generosa sangre los campos de Montejurra y Somorrostro, las gargantas de las Muñecas y las de Montejurra, Urnieta, Zumelzu, Medianas y tantos y tantos otros favorables ó adversos á las armas carlistas; y eso que al principio no tenían ni haber ni pródigas Diputaciones que los atendieran, y que bien pudiera decirse que se batían por la ración, firmes en su fe y en su entusiasmo por la Causa que defendían, y cuyas armas iban ahora á rendir su último tributo, escoltando hasta Francia á su egregio Príncipe; si bien no iban conducidos por su antiguo jefe el General D. Francisco Cavero, que en tan repetidas ocasiones les había guiado á la victoria y cuyo nombre iba tan unido á los Batallones de Castilla, como el de Rada al de su Batallón y Reyero al de su Batería (2).

(1) En la misma fecha cruzaban la frontera francesa, muy cerca de Orbaiceta y Burguete, los restos de aquellos Batallones navarros que tantos días de gloria habían dado á la causa carlista. Al frente de ellos marchaba su Comandante general Pérula, con los Brigadieres Yoldi, Pérez de Guzmán, Lerga, Landa, Torrecilla y gran número de Jefes y Oficiales de todos los Batallones de la provincia. Los últimos voluntarios que habían dejado de presentarse á las columnas enemigas pertenecían á los Batallones 4.º y 8.º, á los que se unieron los del 1.º, 2.º, 3.º, 6.º, 7.º y 12.º (el 11.º había operado últimamente en Guipúzcoa). Todos pernoctaron al día siguiente en San Juan de Pie de Puerto, donde fueron alojados en las *casernes* francesas.

(2) No fué aquél solo General quien debido, como hemos dicho, á sus dolencias, atravesó la frontera en aquellos días: también los leales Bériz y Mogrovejo, Alemany, Carasa; Brigadieres Villar, Rodríguez Vera, Garín, Rodríguez, Montoya, Fontecha y otros más, que bien sabe Dios nos duele no recordar. Sólo quedaban tras de las tropas organizadas que debían penetrar el 28, el caballeroso y valiente Marqués de Valde-Espina y el leal Egaña, que habían permanecido allí con la esperanza de impedir la funesta deserción de las masas. Al último no debíamos volverle á ver más; ¡pobre y mutilado General! ¡Dios le haya acogido en su seno! Quisiéramos no olvi-

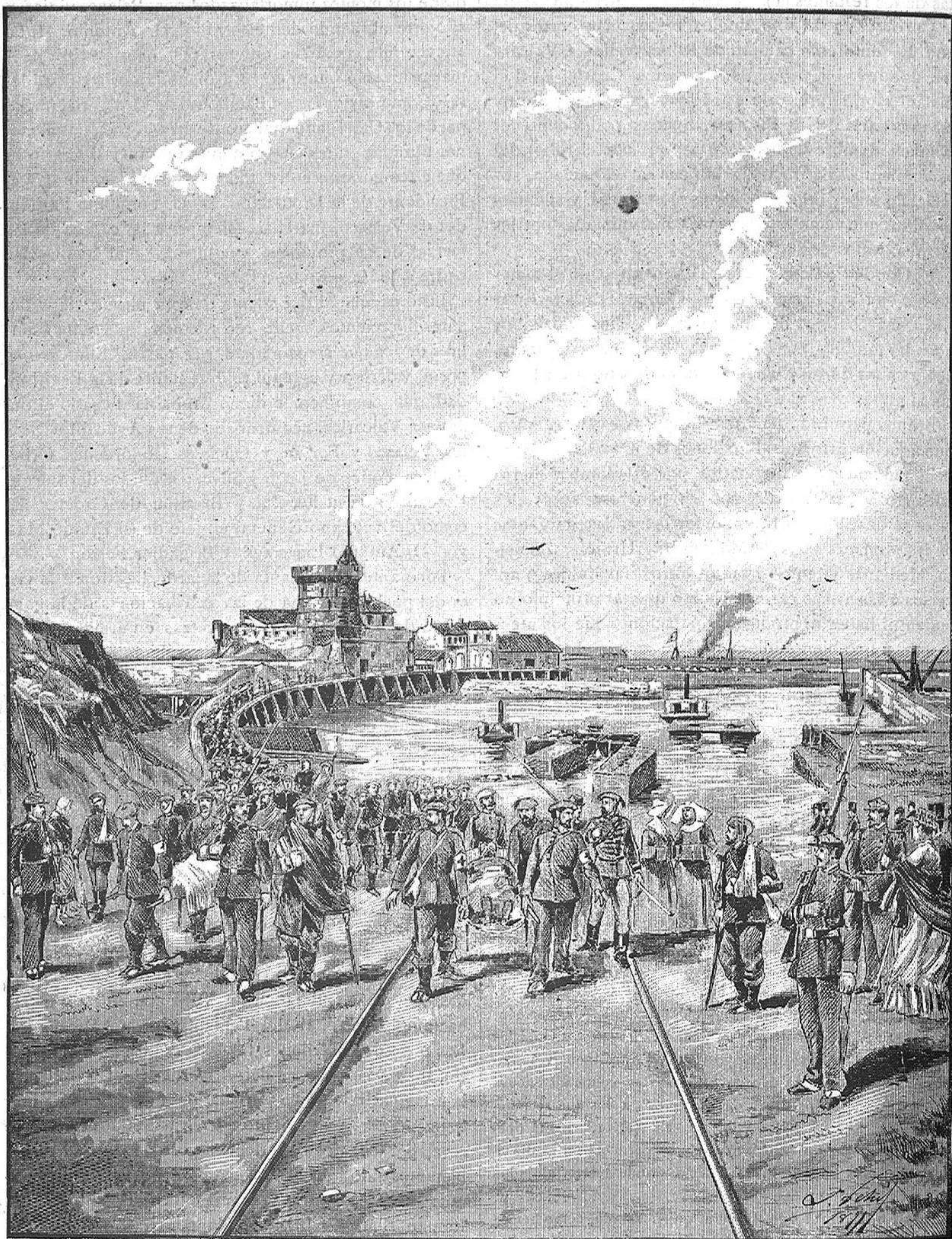
¿Y qué decir del reducido Batallón Asturiano, que desde los montes inmortalizados por Pelayo vinieron al Norte al mando del esforzado D. Antonio Milla, atravesando comarcas enteras de enemigos, sin desmayar un solo punto en su ardiente amor á su bandera? ¿Cómo olvidar á los Batallones de Cantabria, que al par de los Castellanos halláronse en casi todas las acciones libradas en las cuatro nobles provincias? Cierto es que éstos gozaron entre todos el beneficio de que el Presidente de la Diputación, Sr. D. Fernando Fernández de Velasco, marchase siempre á la cabeza de las fuerzas de su provincia, atendiendo cual bondadoso padre á todas sus necesidades.

Justo es que al dar cuenta de esta última etapa del antes floreciente ejército, recordemos siquiera los nombres de los que comandaban sus restos. Empecemos por el valeroso y egregio representante de la Legitimidad, que, como hemos dicho ya, había llegado el día antes á Valcarlos, acompañado de sus Ayudantes Grates, Velasco y Fortun, y Oficiales de órdenes Orbe, Suelves, Ponce de León y Silva, y seguidos del sufrido Escuadrón de su Escolta y Batallón de Cadetes, así como del veterano General en jefe de su Estado Mayor, D. Antonio Lizárraga, y Brigadier Ferrón.

Poco antes de la caída de la tarde, llegaron á la vista del pueblo, y á una de las estribaciones de la garganta de Roncesvalles, las fuerzas en armas que hemos mencionado ya, las cuales recibieron orden de vivaquear en las alturas. Dichas fuerzas iban al mando, como hemos dicho ya, del Infante de Nápoles, General Conde de Caserta, del Jefe de Estado Mayor que esto escribe y del entendido Coronel que fué del 9.º de Navarra D. C. Sanz, precedidas y seguidas por multitud de oficiales superiores, entre los que se contaban el benemérito General Maestre, el Brigadier Pagés, los Coroneles Sangarrén, Vélez, Fernández Prado, Sabater, García Gutiérrez y cien más que nos duele no tener presentes en nuestros recuerdos.

Los bravos Batallones de Castilla iban al mando del Coronel Pino y Tenientes coroneles Nájera, Atienza y Medina; los Cántabros, al del Coronel Vidal, y el primer Batallón de Valencia, llegado meses hacía del Centro, al del Teniente coronel Berenguer. Los otros dos Batallones, también del Ejército del Centro, iban á las órdenes del Brigadier Boet, cubriendo la retaguardia y á una jornada de distancia. A pesar del cansancio y desaliento que en todos los rostros se revelaba, tenemos la perfecta seguridad de que si hubiéramos sido hostilizados, como llegó á susurrarse durante la marcha, por la columna del General liberal don Ramón Blanco, abrigamos la convicción, repetimos, que los restos del Ejército Real del Norte hubieran hecho frente, y en aquellas históricas montañas hubiera dado fin en sangrienta epopeya la postrera campaña carlista.

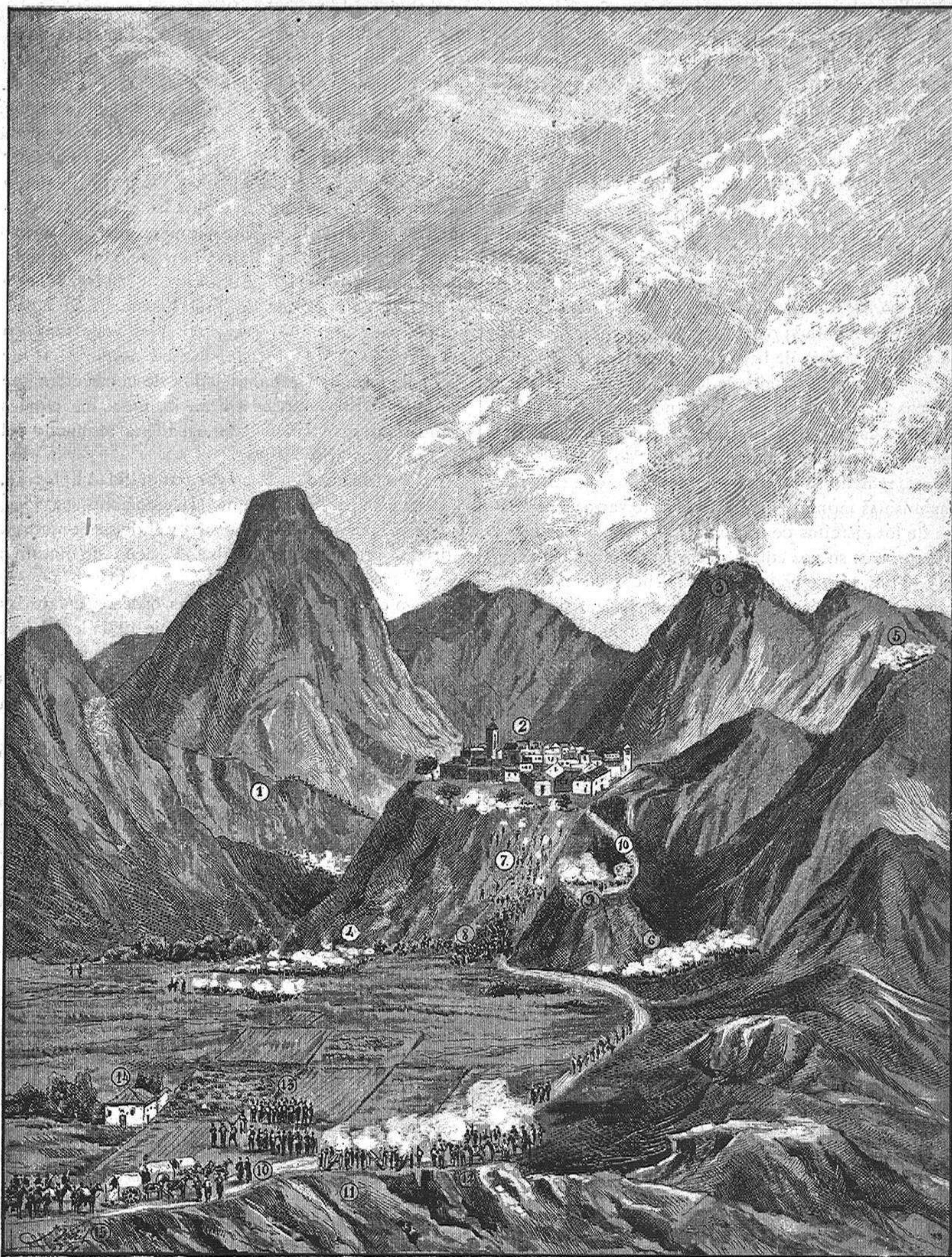
A menos de un kilómetro de la diseminada y pintoresca villa de Valcarlos, formaron en masa los Batallones de ninguno; pero el tiempo y la memoria no ayudan á nuestra voluntad.



Socoa (Francia).—Desembarque de heridos carlistas en mayo de 1874.

lones carlistas próximamente á las tres de la tarde, en un alto, donde nos esperaban órdenes del Cuartel Real para verificarlo así. El tiempo amenazaba seria borrasca. Voces corrían entonces por los voluntarios de que el R., ó por lo menos su Jefe de Estado Mayor Gene-

ral Lizárraga, debían arengarlos. Así era en efecto. El clarín de la vanguardia dió un punto de atención, por distinguirse clara y distintamente el arribo del pueblo á la eminencia por tortuosa vereda, de un lucido y numeroso grupo de jinetes. Al frente venía el monarca



Sorpresa de la expedición Lozano en Bogarra.

- | | | |
|-------------------------------------|--|---------------------------------|
| 1 Camino de las Fábricas. | 8 Cuartel general republicano. | 11 Pieza de montaña. |
| 2 Avanzada carlista. | 9 Mogote de una era: 1. ^a compañía de Madrid. | 12 Pieza de montaña de reserva. |
| 3 y 4 Dos compañías de Madrid. | 10 Camino de Peñas de San Pedro á Bogarra. | 13 Tierras de labor. |
| 5 y 6 Tres compañías de la Lealtad. | | 14 Caserío del valle. |
| 7 Columna de asalto. | | 15 Impedimenta y caballería. |

aclamado por 100.000 combatientes (1) en 1.º de Julio de 1874.

Seguíale un nutrido Estado Mayor, compuesto de los Generales, Jefes y Ayudantes que hemos mencionado, entre los que descollaba por su valor y servicios el heroico defensor de la Seo de Urgel, D. Antonio Lizárraga. Previa la formación en masas de tres frentes, avanzó erguido y arrogante el valeroso Príncipe, á cuyo nombre se alcanzaron tantas victorias, Nunca, lo confesamos con sinceridad, nunca nos pareció, ni en nuestras mayores bonanzas, tan digno como entonces del alto puesto á que le creíamos y creemos destinado por la Providencia. Verdad es que su rostro no ostentaba las sonrisas de los días de nuestros triunfos; pero la triste mirada de nuestro Augusto Jefe encerraba todo un poema de bondad y resignación cristiana.

Apenas habían terminado los últimos acordes de la Marcha Real, lanzados por las bandas de los sufridos y valientes castellanos, cuando un inmenso ¡viva el R.! se oyó por aquellas cimas, repercutido de monte en monte, remedo acaso del potente grito que en aquellas mismas montañas lanzarían los navarros vencedores de los ejércitos de Carlomagno. Don Carlos habló á sus tropas: su voz entera, recordando nuestras pasadas glorias, oyóse con religioso silencio en medio de aquellas tropas siempre leales. No recordamos sus palabras; pero sí tenemos presente que habló poco, si bien con energía conmovedora, y ante la posibilidad de continuar la guerra, respondióse unánimemente en sentido afirmativo. Empero, era tarde ya.

Los disueltos Batallones catalanes y valencianos no podían ya prestarnos con su número y su fuerza lo que necesitábamos. La guerra en el Centro había terminado, y sólo algunos pocos bravos catalanes, al mando del anciano y jamás domado Castells, se sostenían en las asperezas de los Pirineos españoles. Era, pues, un sueño irrealizable, y sólo queremos dejar sentado que la fe, que había multiplicado las fuerzas al principio de la guerra, no había podido extinguir aquélla al final.

Concluída la arenga, descendió el brillante grupo de jinetes por aquellas sinuosidades, en demanda de albergue contra la tempestad que había comenzado á significarse; pero muy poco á poco. Parecía que, identificado el grupo con aquellas lealísimas fuerzas, últimos restos de nuestras pasadas grandezas, no podían separarse de ellas, cuando á escasos kilómetros estaba aquella tierra de Francia, donde todos debíamos pernoctar al siguiente día: quedábanos pocas horas de estar juntos.

Los Batallones acamparon en sus posiciones; y en medio de los truenos, repercutidos de monte en monte, de los relámpagos y de la torrencial, aunque por fortuna pasajera, lluvia que nos rodeaba, era de ver

(1) Histórico. Deseoso Don Carlos de Borbón de conocer con exactitud la gente que tenía en armas en aquella fecha, tanto en las Vascongadas y Navarra, como en el Centro, Cataluña y Castilla, se vió que ascendía á dicho número de combatientes, previas las oportunas órdenes, seguidas de muy escrupulosas revistas y noticias oficiales.

cómo en el más elocuente silencio disponíase todo para el vivac de la noche. Disipóse la tormenta; el cielo volvió á despejarse, y aun lució algún rayo de sol para los únicos representantes armados de la idea carlista.

El Comandante general de Castilla y el que suscribe bajaron al pueblo á recibir órdenes para el día siguiente, y el Teniente coronel Berenguer marchó á ocupar un puente que había al otro lado de Valcarlos, camino de la frontera. Llegamos al alojamiento Real, en cuya antecámara tuvimos la singular complacencia de encontrarnos juntos, por última vez acaso, con los antiguos Comandantes Grates, de Vizcaya y Alava, Velasco y Fortun. Ya el jefe de E. M. G. había pedido hospitalidad para el ejército (1), y allí recibimos también las postreras instrucciones, reducidas á que al toque de diana formaran á ambos lados de la carretera que desde Valcarlos conduce á Francia, todos los infantes mencionados, seguidos de la caballería al mando del Coronel D. Mario Villar.

Pasóse la noche en la mayor tranquilidad aparente. Y decimos aparente, porque las emociones pasadas, las que el porvenir nos reservaba y el dolor de nuestra situación presente, ahuyentaba el sueño de nuestros ojos.

Llegó el día 28 de febrero. Las órdenes emanadas del Cuartel Real cumplieronse al pie de la letra. Aun antes de iniciarse por las bandas de cornetas y clarines la militar diana, se formaron en la carretera las tropas, y al poco rato salió de su alojamiento Don Carlos de Borbón, que atravesó las filas de sus soldados seguido de su numeroso E. M., arrogante como siempre, como de costumbre erguido, si bien triste y resignado. Los vítores y aclamaciones, rompiendo la valla del respeto, no le dejaban tiempo siquiera para contestar; seguro es que las lágrimas de reconocimiento del representante de nuestra Bandera, al verse objeto de lealtad tan manifiesta, debieron caer gota á gota sobre su corazón. Verdad es también que en aquel momento las vimos correr por muchos y aguerridos semblantes. Tras él siguieron ordenadamente las fuerzas, y al llegar al puente de Arnegui, las tropas francesas rindieron á Don Carlos los honores debidos á la majestad.

Cuentan —pues nosotros no íbamos tan cerca de él que pudiéramos oírlo— que entonces volvió su noble cabeza, y levantando los ojos al cielo dijo con voz firme: «¡Volveré, volveré!»

Los jefes y oficiales conservaron sus espadas, y á las

(1) Valcarlos, 27 de Febrero de 1876.—Al general de la División de Bayona.—Vencido por la fortuna adversa, S. M. el R. Carlos VII, mi augusto amo, ha resuelto no prolongar más una lucha que haría padecer á España sin provecho para su Causa, y pide á la Francia su generosa hospitalidad; de orden de S. M. tengo el honor de informaros que el R., escoltado por algunas tropas leales, atravesará la frontera por el puente de Arnegui mañana á las nueve de la mañana. Recibid, señor General, la seguridad de mi alta consideración.—El General jefe de E. M. G.—Firmado.—ANTONIO LIZÁRRAGA.

doce todo había terminado; jinetes y peones arribaron á San Juan Pie de Puerto, poco más ó menos á las dos de la tarde (1). La campaña había concluído: era la segunda guerra civil, sin contar la breve del 48, que había habido en España en el intervalo de cuarenta años (2).

Hemos terminado por ahora. Ocúrrenos, sin embargo, que este sería el lugar más á propósito para hacer algunas reflexiones sobre las faltas y defectos en que ambos ejércitos incurrieron, que no porque los liberales vencieran á los carlistas dejaron de cometer unos y otros. Ocúrrenos también hablar de cuánto se nos alcanza, para levantar el velo que encubre el rápido crecimiento de los carlistas y su más rápida disolución; empero, la índole de estos artículos, aparte de otras consideraciones de más alta monta, nos lo prohíben, al menos por ahora. Lo hemos dicho ya: quizá más adelante demos cuenta, con la ayuda de Dios, á nuestros compañeros de armas, de todos los hechos que precedieron á la conclusión de la guerra, ó sean los ocurridos durante los mandos de Caserta y Lizárraga; pues aun cuando el tiempo transcurrido desde el 28 de Febrero de 1876 no sea escaso, fueron aquéllos de tal transcendencia, que gracias al cargo que ocupamos en los últimos meses de la guerra, no los desconocemos ni los olvidamos; y no los olvidamos, porque ejercieron tal influencia sobre nuestro porvenir y el de los carlistas, que no sólo en la emigración, sino hasta en el día-acaso no hayamos dejado de pensar en ellos. Pidamos á Dios únicamente que se cicatricen en días no lejanos las heridas de nuestra pobre Patria,

(1) Detrás de nosotros quedaba sólo mandando tropas organizadas el Brigadier Boet, con sus valencianos, y más atrás aún, en la vascongada tierra, los mortales despojos de Ulibarri, Olo, Radica, Andéchaga, Caro, García, Martínez (el del 12 de Navarra), Escudero, Marqués de las Ormazas, Nieves y de cien héroes oscuros que empuñaron las armas con el fin de cicatrizar las heridas de la Patria y contribuir á la reconstitución de nuestra querida España, en la medida de sus fuerzas, fija siempre su vista en los sagrados lemas de la bandera de Dios, de la Patria y del Rey.

(2) Justo es consignemos aquí un tributo de gratitud al general De-Pourcet, comandante en jefe de la División de Bayona, por su conducta noble y caballerosa. Los Generales, Jefes y Oficiales carlistas fueron recibidos en la hospitalaria Francia con la mayor consideración, expidiéndoseles acto continuo pasaportes para el punto á que cada uno se proponía marchar. A poco de llegar los últimos voluntarios á Saint-Jean, hubo de manifestarse algún descontento entre ellos, y el mismo General De-Pourcet reclamó el auxilio de los Generales carlistas Lizárraga, Pérula y Argonz, los que arengando á sus antiguas tropas, desvanecieron aquella ligera nube, hija de las circunstancias por que atravesaban aquellos leales defensores de su Rey.

Antes de concluir, merece consignarse un importante detalle. Comprendiendo el noble y leal General Maestre el apuro pecuniario en que sus antiguos compañeros del cuerpo de Artillería se encontraban, los reunió á todos, y abriendo su bolsa con un desprendimiento sin igual, repartió entre ellos su contenido. Ignoramos las necesidades de cada uno; de nosotros sí diremos que no habíamos sacado de la campaña más que 5duros que nos prestó S. A. el Conde de Caserta.

y contribuyamos todos con nuestro óbolo á su futura felicidad; pues si nos ayudan, ni aun á nuestros mismos enemigos de siempre negaremos el amor á España, por más de que nos separe una inmensa distancia en los procedimientos para conseguirlo.

ANTONIO BREA.

FAUSTO ACONTECIMIENTO

CUANTO se relaciona con nuestros Reyes y con nuestros compañeros de armas, tiene interés especial para el carlista.

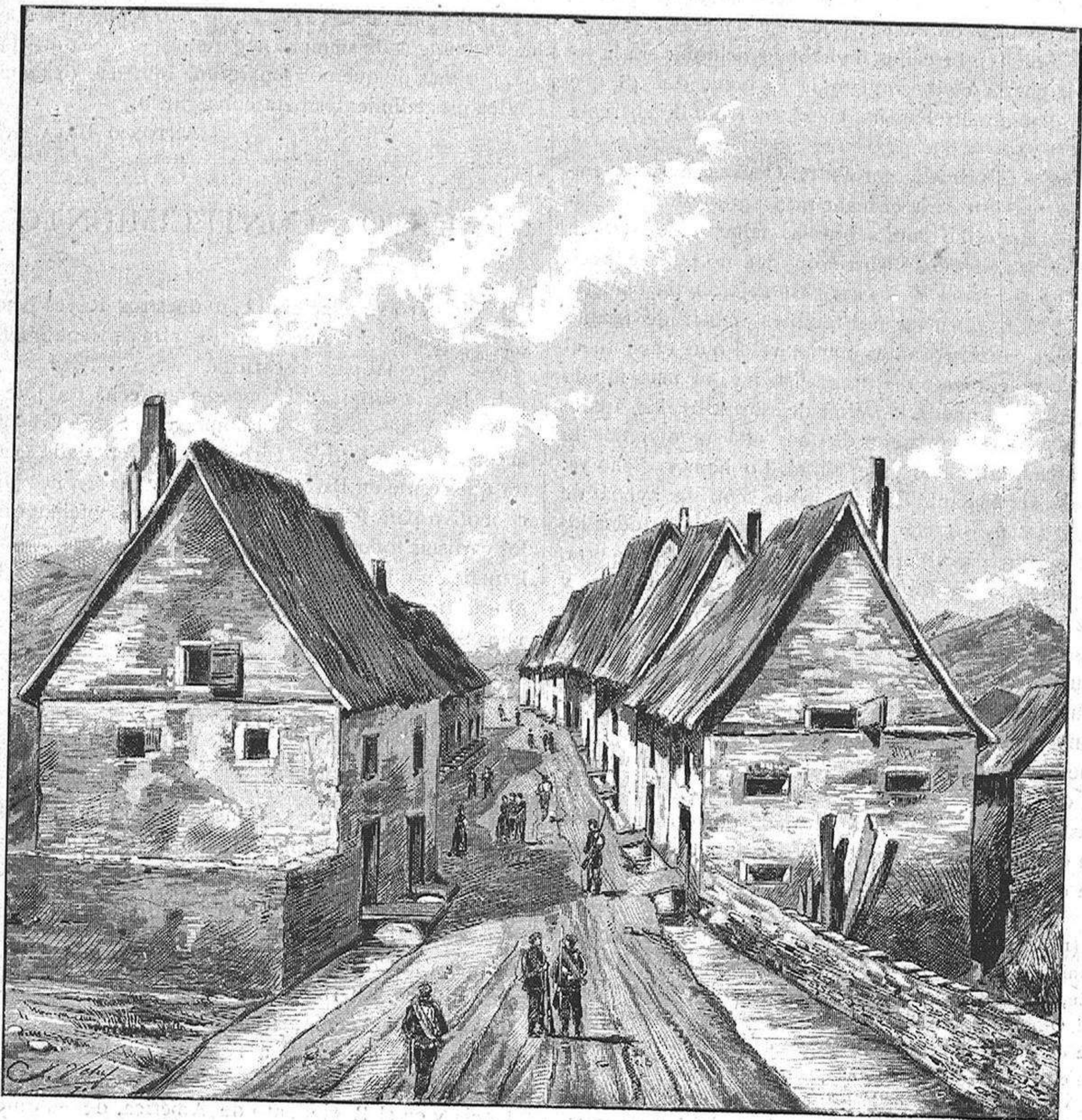
La Iglesia católica, al conceder en fecha reciente el título de Venerable á Sor Filomena de Santa Coloma, hermana de un soldado carlista, hoy aventajado escultor que reside en Barcelona, D. Félix Ferrer, nos ofrece motivo para felicitar al correligionario y felicitarnos los carlistas todos por haber merecido buena acogida la petición que á S. S. León XIII dirigió Don Carlos al iniciarse el proceso de Beatificación de la sierva de Dios Sor Filomena (1).

DON MIGUEL LOZANO

ESTE mártir por la Causa carlista vió la luz primera en Jumilla el año 1842; á los quince de edad ingresó en clase de Cadete en el Colegio de Infantería, y ascendido á Alférez en 1860, fué destinado al Provincial de Lugo, pasando al poco tiempo á la Coruña, agregado al 4.º Regimiento á pie, de Artillería. En 1865 fué destinado al Regimiento de Infantería de Aragón; sirvió después en el Provincial de Murcia, y ascendido á Teniente en Julio de 1866, prestó el servicio de su clase en el Provincial de Valencia y en el Regimiento de América, de guarnición en Madrid. En 1868 se le concedió el grado de Capitán por gracia general, y destinado al año siguiente al Regimiento de Burgos, permaneció con él en Cartagena hasta 1872, en que salió á operaciones, ganando en ellas el empleo de Capitán y la Cruz roja de 1.ª clase del Mérito militar. Destinado luego al Regimiento de San Fernando, sirvió en él hasta que el estado de completa indisciplina á que llegó el ejército, le hizo pedir el reemplazo, en cuya situación estuvo hasta que en Noviembre de 1873 solicitó su licencia absoluta, fundándose en que sus ideas monárquicas no le permitían continuar prestando sus servicios á un Gobierno republicano, é ingresó en seguida en el Ejército carlista del Centro.

Nombrado Comandante el Sr. Lozano y encargado del mando de un Batallón, bien pronto se distinguió

(1) Es muy notable, por lo bien sentido y perfectamente escrito, el artículo *La Nueva Venerable* que acerca de este suceso acaba de publicar la Revista *Santa Teresa de Jesús*, que ve la luz en esta ciudad.

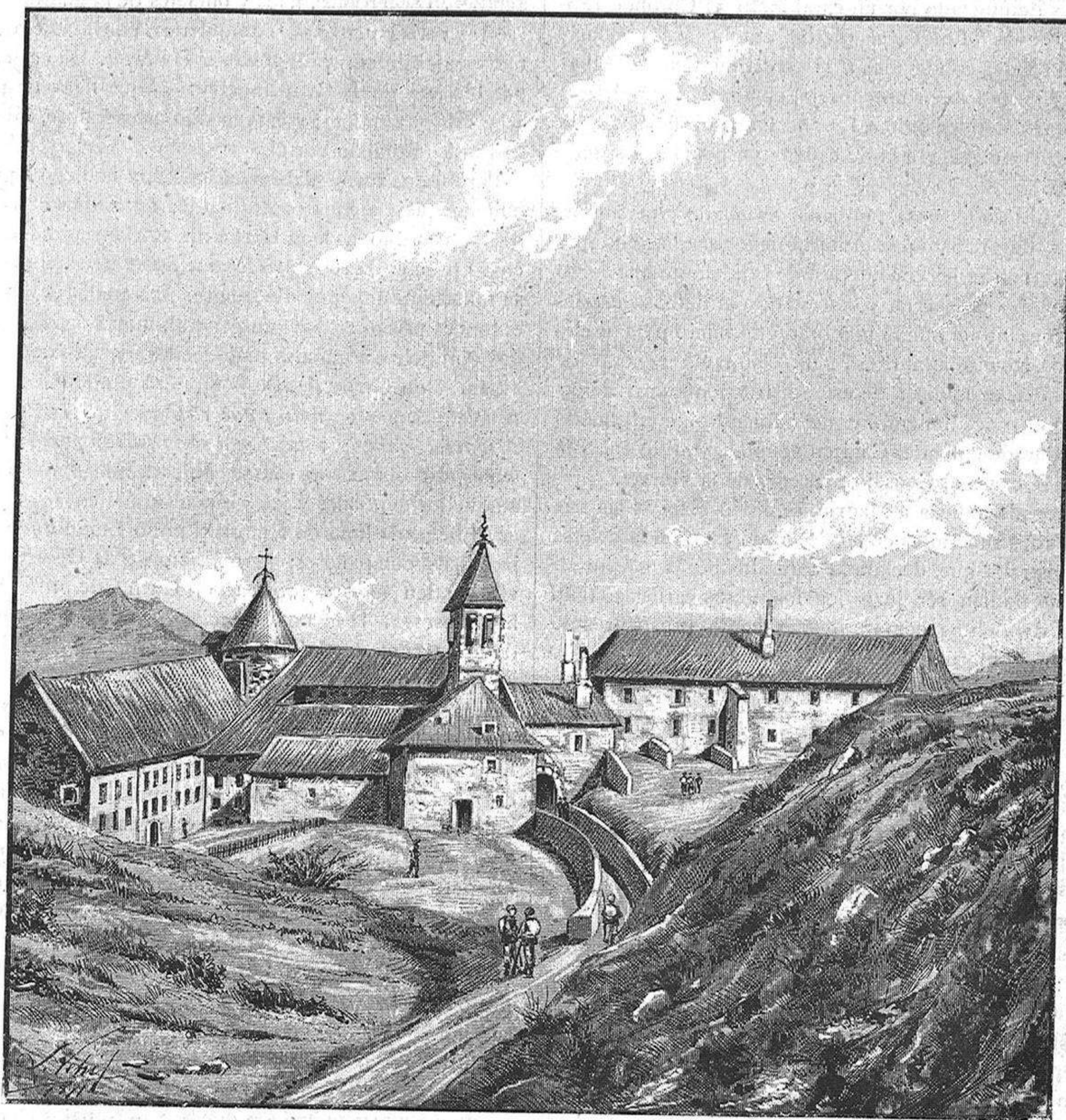


Burguete (Navarra).—Punto de reunión de las fuerzas carlistas que acompañaron á Don Carlos á Francia.

por su carácter organizador y por el valor con que se batió en Bocairente, Albacete, Minglanilla, Domeño, Cuenca, Teruel y Alcañiz, conquistando el empleo de Teniente coronel.

Apreciando el Infante Don Alfonso en lo mucho que valían las brillantes dotes militares que caracterizaban á D. Miguel Lozano, encargóle en Septiembre de 1874 de dirigir una expedición por las provincias meridionales de España. El día 14 salió de Chelva con 500 infantes, 33 caballos y algunos oficiales instruídos y de valor para poder con ellos formar nuevos batallones. Durmió en Utiel; pasó por Caudete á pernoctar en la venta que hay en el camino de Villalgordo; el 15 pasó por Venta del Moro, atravesó el Cabriel por el puente de Cañaverál, alojándose en Casas Ibáñez; el 16 pernoctó en Alator, sorprendió un tren, montó en él y se dirigió á Hellín, rompiendo después la vía. Ya en la provincia de Almería, entró en poblaciones

tan importantes como Vélez-Blanco y Vélez-Rubio pasó por Lorca, continuando su marcha victoriosa sin otro disgusto que el tener que fusilar á un bagajero de Isso por habersele justificado que hacía traición. El 5 de Octubre sorprendió en Agramunt los trenes que subían de Murcia, custodiando en uno de ellos nueve guardias civiles la cantidad de 720.000 reales, que se entregaron al Marqués de Villamejor en cuanto probó le pertenecían, poniéndose en libertad á los guardias, después de haberles dado dos días de haber, y convidando Lozano á su mesa al Comandante de Infantería Sr. Ferrer, al Marqués de Villamejor y al Director general de Aduanas Sr. López Gisbert, concediéndoles en seguida la libertad. El 7 entró en Jumilla; pasó por Pinoso y la Romana, durmiendo en Novelda, donde cogió algunos prisioneros, á los que puso en libertad al día siguiente. Visitó las poblaciones de Elche y Crevillente, entrando en Orihuela, donde el en-



Navarra.—Colegiata de Roncesvalles, vista desde el camino de Valcarlos.

tusiasmo con que se le recibió rayó en delirio. Unos 300 voluntarios se le unieron en esta ciudad, y con todas sus fuerzas salió después de media noche, pues por un parte que se le cogió al enemigo, supo Lozano que le rodeaban tres columnas; en Fortuna presentó acción á una de ellas, que no fué aceptada, por lo que continuó su marcha. En Cieza sostuvo un combate victorioso con la División Portilla, dejando el campo merced á una retirada que admiró á sus enemigos; en Pozo-Cañada, cuatro empleados que estaban recomponiendo la vía, fueron fusilados según la orden que Lozano había comunicado á todas las líneas; pero este jefe no tuvo conocimiento del hecho hasta cumplida la sentencia en consejo de guerra verbal. El 16 llegó á Bogarra; pero al salir del cercano pueblo de las Peñas de San Pedro, el Teniente coronel carlista D. J. G. desertó, se presentó al Brigadier liberal Sr. Dabán y le dió cuenta de que los carlistas pernoctarían en Bo-

garra. A las doce de la noche eran sorprendidos, salvándose con Lozano unos 150 hombres que se reunieron en las fábricas de Riopar. Con ellos fué el 17 á Villanueva, desde donde el paso á Chelva era ya seguro; pero Lozano reunió á los oficiales y les dijo haber manifestado al Infante que su expedición no podía durar más de un mes; pero que había dado su palabra de no volver á Chelva hasta recibir orden para ello, por lo cual el oficial que quisiera conducir á los voluntarios hasta aquel pueblo, podía hacerlo, y que él se iba al Norte á dar parte á Don Carlos de lo que había sucedido. Los oficiales se negaron á abandonarle, por lo que se dió orden á los voluntarios de salir con los equipajes en dirección á Chelva, adonde llegaron sin novedad. Lozano pidió 6.000 reales, de los que dió recibo; los repartió entre sus subalternos, comprometiéndose todos á ir, por diferentes caminos, á Gibraltar, para después pasar al Norte. En Linares fué cono-

cido y denunciado por un carabinero el Coronel Lozano, cuyos oficiales se dieron entonces á conocer, siendo todos conducidos á la cárcel pública de Albacete y juzgados por un consejo, como reos de delitos comunes, condenando á Lozano y á tres oficiales á la pena de muerte, y á la de cadena perpetua á los restantes.

Remitióse la causa, sin haber evacuado citas importantes, despreciando la protesta de los encausados, que rechazaban se les considerase de otra suerte que como prisioneros de guerra, y cercenando la defensa escrita que presentó el oficial nombrado de oficio para dicho cargo. Remitida la causa á la Capitanía general de Valencia, el auditor de este distrito encontró defectuoso el procedimiento, y no habiéndose conformado con este dictamen el Capitán general, remitió en consulta la causa al Consejo Supremo de la Guerra.

Llegada aquélla á Madrid, se envió á todas las autoridades superiores copia de la protesta, en la cual se demostraba que, declarada formalmente la guerra civil, no podían ser juzgados los presos carlistas como reos de delitos comunes, sino como prisioneros de guerra, conforme al derecho de gentes.

En vista de esto, la suerte de Lozano despertó vivo interés en todas las clases de Madrid; personas de todas posiciones, hombres políticos de todos los partidos, las damas principales de la grandeza española, todos solicitaron el indulto y repitieron sus instancias para obtener la vida de D. Miguel Lozano; pero el Gobierno de España, que no desconocía lo misterioso del proceso en su origen, hizo se ejecutase la sentencia.

Entretanto, el Coronel Lozano, desde que entró prisionero en Albacete, decía á sus compañeros y amigos: «Presiento que está decretada mi muerte, porque el Gobierno es débil y necesita una víctima para satisfacer la opinión pública de los liberales.» Jamás creyó que sería indultado, y sólo manifestó su repugnancia á sufrir el suplicio en garrote como un bandido.

El día 2 de Diciembre se habilitó para capilla la sala de Audiencia, y poco después condujeron á ella á Lozano; se le leyó la sentencia de muerte, y la escuchó sin conmoverse. Terminado este acto, suplicó con entereza y sin afección que le dejaran dormir un rato; media hora después dormía profundamente, sin dar muestra alguna de inquietud. Tres horas después llegó un amigo letrado que desde el principio de la causa le auxilió con sus consejos; á su voz despertó Lozano, y según costumbre, le saludó con un abrazo. Hablaron tranquilamente, y cuando el amigo quiso inspirarle confianza en la próxima llegada del indulto, Lozano, con la sonrisa de la incredulidad, contestó: «*Me matan, pero moriré tranquilo, porque tranquila tengo mi conciencia.*» Desde aquel instante se propuso cumplir ante todo con sus deberes de cristiano, y al dejarle el confesor, dijo éste las siguientes palabras: «*La confesión de Lozano ha sido edificante; ha servido á la causa de la Religión, de la Patria y del Rey.*» Su defensor, que ni un momento le abandonó en el último trance, recibía consuelos del mismo por quien lloraba. Allí

acudieron sacerdotes, jefes y oficiales de la guarnición y otras varias personas, con quienes conversó con la mayor afabilidad; y al volver el confesor, dijo al respetable jefe de la Guardia civil: «Aquí llega el que sabe mis pecadillos»; y esto lo dijo sonriéndose, mientras todos lloraban por él.

Para todos tuvo palabras cariñosas, y no llegó á pronunciar queja alguna contra nadie; antes por el contrario, escribió á Don Carlos de Borbón pidiéndole como premio de sus servicios que no se derramara por su muerte ni una gota de sangre. Los carlistas tenían entonces prisioneros á un general, dos brigadieres y dos coroneles, á quienes pudo fusilar, en justas represalias, Don Carlos de Borbón; pero atendiendo este Augusto Señor *la súplica que el Coronel Carlista don Miguel Lozano le hizo al ir á ser fusilado por los enemigos*, dió orden para que se canjeara inmediatamente á aquellos generales y jefes liberales.

Al llegar la hora de almorzar, pidió Lozano que bajasen sus compañeros; pero el jefe de la Guardia civil, á quien mostró profesar el cariño de un hijo, le hizo observar la inconveniencia, en tales momentos, de una escena de dolor para sus amigos, y dócil cual un niño, se conformó. Después de invitar á los circunstantes, sentóse, almorzó como de costumbre, y cuando quedó solo volvió á dormir con la misma tranquilidad que anteriormente. Despertó algunas horas después; llamó á su confesor y al letrado, y sin olvidar á ninguna de las personas de quienes había recibido favores, dispuso el modo de dejar á todos un recuerdo. Después se dedicó á escribir cartas de despedida, con hermosa letra y pulso segurísimo, llenas de unción religiosa; la más notable fué la que dirigió á la excelentísima Sra. Condesa del Montijo, presidenta de la Comisión de damas nobles que se había interesado por su vida.

Volvió luego á dormir hasta que le despertaron momentos antes del suplicio; entonces se levantó, y previa la ordinaria operación del aseo personal, oyó misa y comulgó con la mayor serenidad, sin afectación ninguna.

Llamó á su defensor para hacerle otros pequeños encargos, entre ellos el de repartir algunos objetos de su pertenencia entre los amigos, y, por último, le previno hiciera saber á sus padres que no quería que sus pobres huesos descansaran mucho tiempo en Albacete, que había sido tan ingrata para él. Llegó la hora fatal: Lozano adoraba á su madre; pero sin duda hasta entonces le había faltado valor para escribirla, y varias veces que lo intentó, había tenido que renunciar á ello. Dispuesto ya á marchar al lugar del suplicio, pidió recado de escribir, y sobre la misma mesa del altar, teniendo un cabo de cirio en la mano izquierda, escribió con la misma letra y pulso de siempre la siguiente carta de despedida: «*Querida madre mía, mis queridos hermanos: De aquí á breves momentos habré dejado de existir; muero tranquilo, porque soy inocente; no lloréis mi muerte, porque voy al cielo, desde donde pediré á Dios por vosotros y hasta por sus enemigos. Vuestro, MIGUEL.*» Soltó la pluma y cogió el cru-

cifijo; hizo la última fervorosa oración, y entró en el carruaje con el confesor, otros sacerdotes y el defensor. Dentro ya del carruaje, uno de los sacerdotes, llorando amargamente, pidió perdón *para cierta persona que había deseado su muerte, y que estaba arrepentida*. Lozano contestó que la perdonaba de todo corazón.

Constituido en el lugar de la ejecución, tuvo lugar una escena indescriptible. Después de abrazar á los sacerdotes, Lozano pidió despedirse de la Guardia civil, que le había custodiado en la cárcel. Adelantóse una compañía; Lozano buscó con la vista al viejo Comandante que, espada en mano, lloraba como un niño, y después de dirigir algunas palabras á los soldados, el Comandante y él se abrazaron estrechamente, teniendo Lozano el crucifijo á un lado y al otro su espada el anciano jefe de la Guardia civil; esta escena horrible arrancó lágrimas á todos los presentes. Con la misma serenidad se despojó después la víctima de algunas prendas de su traje; dió veinte pesetas á los soldados que debían fusilarle; pidió dos veces, por favor, mandar la escolta, lo cual le negó el Teniente coronel Cebrián, y poco después cayó muerto el Coronel carlista D. Miguel Lozano; el jefe que con singular valor y pericia llevó á cabo una de las expediciones más gloriosas de cuantas han ejecutado los soldados españoles: el militar católico que al morir pidió á su Rey, como premio á sus servicios, el perdón para sus enemigos.

NUESTROS GRABADOS

«¡Volveré, volveré!»

(Gran lámina suelta.)

Recuerdan aún emocionados, cuantos de ella fueron testigos, la conmovedora y solemne despedida del Rey á su entrada en Francia, el 28 de Febrero de 1876.

«¡Volveré, volveré!» dijo Don Carlos al dirigir por vez postrera su palabra á los voluntarios de su Causa, y porque vuelva pronto y triunfante, y le aclamen los españoles todos como le aclamaron entonces los que pudieron apreciar sus bellísimas y raras cualidades, trabajaremos sin cesar en nuestro empeño cuantos nos preciamos de tradicionalistas, y mil veces, si preciso es, expondremos nuestras vidas por la causa del Rey, que es la de la Religión y de España.

Don Miguel Lozano.

(Pág. 113.)

Véase el artículo de este nombre.

Inmediaciones del río Valcarlos.

(Pág. 116.)

Véase el artículo *La Noche de Valcarlos*.

Cruz románica de Roncesvalles.

(Pág. 117.)

El valle de este nombre, tan famoso en las antiguas crónicas por la derrota del ejército de Carlomagno, por la infidelidad de Ganalón, la muerte de Rolando y de su primo Reinaldo, y por los altos hechos de armas de Bernardo del Carpio, no con-

siste, como podría creerse, en un desfiladero angosto é impetrable; al contrario, es ancho y espacioso, á pesar de hallarse entre elevadas montañas; pero la confusión ocasionada por un ataque imprevisto en el momento en que un ejército marcha con el desorden que acompaña á una completa derrota, fué lo que más que todo contribuyó al célebre acontecimiento, que aun después de diez siglos va unido al nombre de Roncesvalles. Penétrase en este paso al salir de Burguete, última población de la Navarra española. Hase construído una iglesia bajo la advocación de la Virgen en el mismo sitio en que se dió la batalla. En el extremo del valle se ve una montaña muy alta que lleva el mismo nombre, desde cuya cima descubre el viajero un magnífico panorama: de un lado ve la España; del otro, la Francia, y á sus pies horribles precipicios, cuya profundidad apenas se atreve á sondear con la vista (1).

Cuanto atañe á los sucesos de la guerra, es de interés para el carlista, cuanto más lo que recuerda los solemnísimos instantes que precedieron á la entrada del Rey en Francia, y los lugares que visitaron por vez postrera los carlistas españoles.

Burguete, Roncesvalles y Valcarlos son los últimos lugares españoles en los Pirineos de Navarra, y últimos también de la estancia de Don Carlos en España.

«Entre las imponentes perspectivas—dice un escritor liberal—que ofrece la cordillera de los montes Pirineos, hay pocas tan admirables por su espléndida vegetación, pocas tan interesantes por sus recuerdos históricos y por sus tradiciones, como las que comprenden los altísimos picos de Lindús, de Altabiscar y de Ventarteá, elevados á más de mil quinientos metros sobre el nivel del mar; los hondos valles de Orbaiceta, los Alduides, Valcarlos y Urraeracascolea; los pacíficos pueblos de Burguete y Espinal, y la colegiata famosa de Roncesvalles, que da nombre á la áspera y extensa garganta que une á Francia con España.

¡Coincidencia singular! El sencillo y olvidado puente de

(1) «Roncesvalles, Lugar separado de la provincia de Navarra, valle de Valcarlos, segundo partido de la merindad de Sangüesa, obispado de Pamplona; 27 vecinos, 133 habitantes, una parroquia colegiata. Sit. á los 43° 00' 20" de lat. N., en la falda de los montes Pirineos, que le caen al N. y tienen puerto de comunicación con Francia. Confina con las villas de Burguete y Valcarlos. Pertenece el señorío á la Real iglesia colegiata y monasterio de canónigos reglares de San Agustín, de la advocación de Nuestra Señora de Roncesvalles, que hay en este pueblo. El prior, que es abad de Colonia y del Consejo de S. M., tiene asiento y voto en las Cortes generales del reino. Es muy antigua la memoria de este célebre santuario en los anales de la historia de Navarra, aunque por falta de documentos no se puede escribir con certeza el año de su primera fundación. Consta por los escritores nacionales y extranjeros que, al tiempo de repasar los Pirineos Carlomagno con su ejército, el año 778, fué derrotado aquí con los más principales capitanes; cuyo suceso ha dado motivo á muchos romances caballerescos, fábulas y consejas. Los reyes de Navarra honraron y favorecieron mucho esta casa, y particularmente el hospital, que desde los tiempos más remotos se conserva para hospedar á los peregrinos. El rey D. Sancho *el Fuerte*, cuyo cuerpo está sepultado aquí, le dotó generosamente con camas y raciones, señalándole las rentas de la serná que tenía en San Martín de Aspa, y las del monasterio de Catalain, en el mes de Marzo del año 1203, siendo prior D. Martín Guerra. El mismo regaló dos trozos de las cadenas ganadas en las Navas de Tolosa. Los reyes Teobaldo I y II, D. Felipe y doña Juana, hicieron nuevas donaciones y fundaron capellanías, y Don Carlos I, *el Calvo*, en el año 1322 confirmó todos los privilegios de esta Real casa. Desde Vascaret á este pueblo hay tres horas y cuarto de camino militar, en cuyo intermedio se encuentran Espinal y Burguete. Á media hora de Roncesvalles, en lo alto del puerto, está el camino carretero que va á San Juan de Pie de Puerto, y del mismo lugar de Roncesvalles sale un camino carretero que se dirige á las fábricas de municiones de Orbaiceta, que dista dos horas y cuarto.»

Miñano, *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*, tomo VII.

Arnegui, en el que el jefe de las huestes carlistas pisó por última vez el suelo de España, el 28 de Febrero, da paso al río Valcarlos, cuyo nombre, así como el de la villa inmediata y el del valle, dicen las tradiciones de aquella tierra que se debe á la memoria de Carlomagno, quien después del desastre que sufrió la retaguardia de su ejército en los barrancos de Roncesvalles, que domina el Altabiscar, descansó en aquella vertiente septentrional del Pirineo para llorar la muerte de sus mejores capitanes.»

La cruz de Roncesvalles es una sencilla y curiosa obra románica, artística y rudamente trabajada, que, destacándose blanca y solitaria en medio de tanta vegetación y en tan silenciosa vereda, inspira al viajero que va á visitar aquellos históricos lugares un mundo de poéticos recuerdos y de melancólicas ideas.

Desembarque de heridos carlistas en Socoa (Francia).

(Pág. 120.)

De una Ilustración parisién traducimos lo siguiente, que hace relación al dibujo de referencia.

«Los carlistas—dice—cuando su retirada en la noche del 30 de Abril al 1.º de Mayo (de 1874), no dispusieron del tiempo necesario para transportar los heridos y el material de la ambulancia *La Caridad*, que se hallaba establecida en Santurce, y fiaron en la generosidad del ejército enemigo. Esta ambulancia, fundada bajo los auspicios de la Reina Doña Margarita, esposa de Don Carlos, hállase bajo la dirección del Vizconde de Bourgade, y un no escaso número de heridos republicanos hechos prisioneros el 25 de Marzo en Monte Montano y el 27 del mismo mes en San Pedro Abanto, fueron objeto de los más exquisitos cuidados y se les asistió con verdadero cariño. Vivamente reconocidos á tan noble conducta, los Generales Serrano y Concha dirigieron calurosas felicitaciones á los jefes de la ambulancia, y les autorizaron á llevar sus heridos y el material de los hospitales al punto que tuvieran por conveniente. Una embarcación mercante inglesa, la *Somorostro*, fletada por la Sociedad inglesa de socorros á los heridos de la guerra civil española, fué puesta á disposición de los carlistas para trasladar sus heridos y enfermos de Santurce á Socoa (1). Representa esta Sociedad Mr. Cristóbal Murieta, hijo del banquero de este nombre establecido en Londres; Mr. Barrington Kennett y el capitán Allen Voung. Ya en otra ocasión había aquel buque transportado unos trescientos heridos republicanos de Castro á Santander. El 13 de Mayo, doscientos diez enfermos ó heridos carlistas, junto con el personal de la ambulancia, embarcáronse en el citado vapor, y el 14 á las ocho de la mañana dieron fondo en el puerto de San Juan de Luz, frente á Socoa. Los miembros del Comité carlista y los representantes de la ambulancia *La Caridad*, en Francia, tenían ya dispuesto un buen número de coches y de caballerías. Al desembarcar, eran conducidos los heridos y los enfermos á España, por Vera, y de este punto á Elizondo, ocupado por los carlistas, y en donde estaba todo dispuesto para recibirles.»

Sorpresa de Bogarra.

(Pág. 121.)

Véase el artículo biográfico *Don Miguel Lozano*.

Burguete.

(Pág. 124.)

Burguete es una pequeña villa de unos ochenta vecinos. Se compone de una sola calle á lo largo de la calzada, y las ca-

(1) Puerto de San Juan [de Luz, en Francia.

sas, de idéntica y original construcción, tienen altos é inclinados tejados de madera; por delante de ellas corre un arroyuelo, en vez de acera, de modo que para facilitar el ingreso en los portales hay losas tendidas delante de cada uno de ellos á manera de puentes. El caserío casi entero se ha quemado muchas veces. En la última casa á la derecha, marchando hacia el Pirineo, se ve sobre la clave del arco esta fecha: 1001.

Desde Burguete se va á Roncesvalles en media hora, por un hermoso camino llano. Antes de entrar en el pueblo, á la derecha del camino, y entre los arbustos y zarzas que le limitan, está *la cruz de Roncesvalles*, á que nos hemos referido anteriormente.

Colegiata de Roncesvalles.

(Pág. 125.)

Roncesvalles no tiene más de veinte vecinos. Debió de formarse el pueblo para el servicio de la insigne colegiata que fundaron D. Sancho *el Fuerte* de Navarra, el fundador también de la ciudad de Vitoria, y su esposa la reina Clemencia. Desde muy antiguo hubo tal vez en el mismo punto algún templo pequeño, que recordara la victoria de los montañeses sobre Orlando y el ejército de Carlomagno.

Desde el pie de Ibañeta se distingue la imponente masa de la colegiata con sus techos de pizarra. El alto de Ibañeta y las vertientes de Valcarlos son como una lengua de tierra interpolada en el territorio francés. Aquellas agrestes y frías soledades están pobladas de hayas. Más altos que el puerto y que la ermita de Ibañeta se distinguen: al E., hacia los Alduides, el pico de Lindús; al N., el de Adarza, y al E., como tres gigantes de peladas frentes, los de Lizerateca, Ventartea y Oizanzarieta; debajo está la garganta de Roncesvalles, donde, ocultas por la vegetación, apenas se distinguen las aguas del río Altabiscar. Pasadas aquellas alturas, empieza la vertiente de Valcarlos. Allí se distingue la villa, á la izquierda del cauce, dividida en pintorescos y pobres barrios. El de Gañecoleta, mirándose en las límpidas ondas; los de Azoleta y Gaidola, sobre el camino, y el de Picocheta hacia el ya famoso puentecillo de Arnegui.

Al otro lado del río se acaba la patria.

Por la extensa vertiente, hasta el hondo valle, en el que ambas naciones están unidas por un puente modesto, sencillo y nada notable, bajaron los últimos carlistas, los últimos jefes y Don Carlos de Borbón.

EL ESTANDARTE REAL

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: 1 año.. . . .	7'50 pesetas.
6 meses.	4 »
Extranjero y Ultramar: 1 año.. . . .	12 »

Se admiten anuncios para las cubiertas, á precios convencionales.

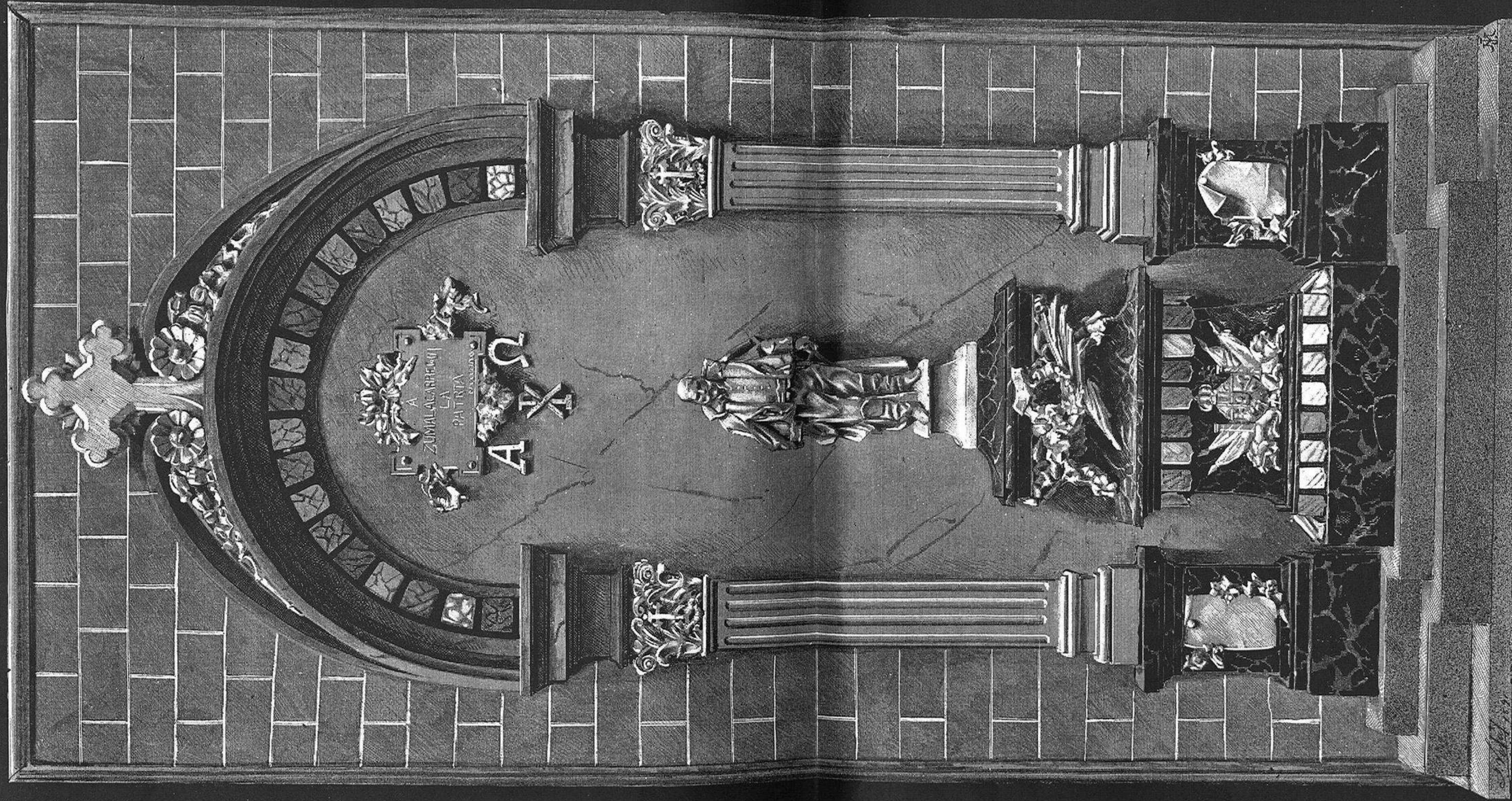
Dirigirse para las suscripciones y anuncios al Administrador de la BIBLIOTECA TRADICIONALISTA, Ronda de la Universidad, 14, Barcelona: apartado de Correos núm. 147.

El pago de las suscripciones se hará en libranzas del Giro Mutuo, en letras de fácil cobro ó en sellos de Correo.

Se remitirá un número de muestra á las personas que lo pidan.

Son corresponsales de EL ESTANDARTE REAL todos los de la *Biblioteca Tradicionalista*, de *Lo Crit d' Espanya* y de *La Carcajada*.

Imp. «La Ilustración» á c. de Fidel Giró, Paseo S. Juan, 168.



MONUMENTO Á ZUMALACÁRREGUI EN CEGAMA (GUIPÚZCOA).—PROYECTO Y EJECUCIÓN DEL ESCULTOR SR. FONT.

DIBUJO DE J. VEHIL.

